Domingo; el clero secular en número de más de ochocientos individuos, y junto á la cruz de Catedral la Archicofradía del Santísimo. Después los congregantes de San Pedro luciendo encima de los sobrepellices sus estolas encarnadas, con el privilegio de cargar, además de la imagen de su Santo Patron, la de la Virgen de la Asunción, titular del Templo Metropolitano. Seguía el Cabildo eclesiástico, é interpolados treinta caballeros de las órdenes militares "que por cédula de S. M., ruega al Cabildo que, concurriendo con sus mantos, se le den estos lugares." Luego el deán, que lo era entonces el Dr. D. Alonso de Cuevas y Dávalos, más tarde Arzobispo de México, y el cual llevaba al Santísimo; detrás la Universidad, el Ayuntamiento, alcaldes ordinarios y corregidores; los tribunales todos, los ministros de la sala del crimen y la Audiencia; los alcaldes de corte, y finalmente, *su excelencia* el Virrey D. Francisco Fernández de la Cueva, Duque de Alburquerque, acompañado de su corta familia.

Estuvo cerrada la Catedral, hasta que el preste llegó con el Santísimo; abriéronse en el acto sus siete puertas, y se colocó en el sagrario el Sacramento. La música empezó los versículos correspondientes y dicha por el preste la oración, concluyóse aquel acto, cuando las sombras de la noche acababan de extender su negro manto sobre la pacífica Metrópoli de Nueva España.

Quemáronse más tarde fuegos artificiales en señal de regocijo; la parte superior, torre y bóvedas de la Catedral (lo ya concluído), se iluminó profusamente, y toda la Ciudad también; y hubo danzas celebradas y gigantes.

Al día siguiente, 2 de Febrero, en el que la Iglesia celebra la Purificación de Nuestra Señora, se abrieron al pueblo las puertas de la Basílica; y á las diez de la mañana fue el Virrey á pie, acompañado de la Universidad, de los regidores, tribunales, Audiencia y ministros, al Templo, en cuya puerta principal tenía preparado el Cabildo un sitial, cruz y ciriales, y esperaba allí el deán Dr. Cuevas Dávalos, con elegante capa. Llegado el gobernante, recibiósele con repique á vuelo y con todo el ceremonial, se le condujo al interior, entonándose luego solemnísimo *Te Deum*. El Virrey, cuya fama de piadoso anteriormente ha quedado sentada, cuando se citó el hecho de haber en persona barrido el presbiterio, escuchó de rodillas el himno de San Agustín y San Ambrosio, no admitiendo para ello tapete y cojín alguno: postrado en el suelo, besó la primera grada de dicho presbiterio "con edificación de todo el pueblo," y en seguida fuése al sitio que se le tenía reservado.

Se dió entonces principio á los oficios, repartiéndose la capilla en cuatro fracciones: una en el coro, otra en la capilla del Santo Cristo, la tercera en el altar de los Reyes, y la cuarta en la capilla de San Felipe de Jesús; todas cuatro con sendos órganos y ministriles. Bendijo el deán las velas en el altar principal, y sólo se tardó hora y cuarto para distribuirlas entre el numeroso

y asistente clero. Organizada la procesión, recorrió toda la Iglesia, haciendo estación en el altar del Perdón y seguidamente en el Sagrario. Revestidos de nuevo los altares, se descubrió al Divinísimo, é hízose señal de empezar la solemne misa.

Curioso, extravagante y raro, por ser un caso quizá excepcional en el mundo, al menos que se sepa, es el que voy á relatar, y que llamó la atención de cuantos aquello presenciaron.

Tan luego como la mencionada señal se hizo, las tres capillas y coro comenzaron el *Introito* de la misa que á cada uno tocaba oficiar; y después fueron saliendo á los cuatro altares del Ciprés, cuatro prestes con sus ministros, ciriales, incensarios, maestros de ceremonias y acólitos. Salió primero — dice Guijo — D. Juan de Sobremonte, tesorero, y haciendo genuflexión al Santísimo, le tocó el altar que mira á la capilla de San Felipe de Jesús; luego el Dr. D. Pedro de Barrientos, chantre, y fue al altar que mira á la capilla del Santo Cristo; al arcediano le tocó el altar frente al de los Reyes, y, finalmente, el deán ocupó el altar principal, frente al pueblo, al coro y al Virrey. Todos á un tiempo empezaron la Confesión, y el *Introito* de su misa respectiva; á un tiempo incensaron los altares; á un tiempo entonaron la Gloria y dijeron el *Dominus Vobiscum*, en fin, las ceremonias todas se veían simultáneas y completas; advirtiendo que, los otros tres prestes, aguardaban á que el deán acabase, para concluir ellos, y así en todas las misas; y los demás "con que á la novedad — añade el cronista citado — de cantarse cuatro misas á un tiempo, juzgando por acto de mofa, ocurrió á la Catedral todo el reino y religiones, que quedaron confusos y admirados de ver el acto más grave y más grande que la iglesia de Dios ha usado, y lo que más admiró fue ver obrar á cada uno lo que le competía, como si fuera solo, guardando sus ceremonias con toda autoridad y limpieza, sin confundirse ni ellos ni sus ministros, acólitos y músicos." Las misas que á un mismo tiempo se cantaron, fueron: la primera, del deán, la dedicación de la Iglesia; del arcediano, la del Santísimo; la tercera del provisor, la de la Purificación; y del tesorero, la de la Asunción de Nuestra Señora.

Acabado el Evangelio, tomó la bendición del deán, el magistral Dr. D. Simón Esteban Beltrán y Alzate, y mientras él iba al púlpito, bajábanse los otros prestes, sus ministros y demás acompañamiento, al tránsito que va al coro del Sagrario á oir el sermón que duró la friolera de dos horas.

El Virrey comulgó por manos del deán, y todo terminó hasta las tres de la tarde.

Durante el decenario, siguieron los fuegos artificiales y las fogatas y luminarias, lo mismo que los regocijos públicos. La cera del Sagrario la costeó

la Archicofradía del Santísimo, ayudando de su peculio el Virrey, quien entonces gastó respetable suma en todo lo del Templo.

Como el 5 de Febrero se celebraba al protomártir del Japón San Felipe de Jesús, ese día hubo procesión solemne; y, por último, el décimo día asistió en la tarde el duque de Alburquerque, con la Audiencia y los tribunales; hubo procesión también, por el interior de la Iglesia, con el Santísimo, dándose á todo fin, sin novedad alguna, el 13 de Febrero. De esta suerte, se dedicó por vez primera nuestra Basílica, y por primera vez también, quizá, se celebraba en su recinto solemnísima función, cuyo recuerdo ha pasado hasta nosotros, y cuyos ecos debían once años más tarde de reproducirse bajo las mismas bóvedas, como adelante veremos, al dedicarse por segunda vez.

***

No hay crónica ni historia de la época, que deje de relatarnos el ruidoso atentado de que iba á ser víctima en la misma Catedral el Virrey duque de Alburquerque, cuatro años después de los sucesos de la dedicación y que acaban de referirse.

En efecto, el Virrey acostumbraba ir todas las tardes á la Catedral para examinar las obras de conclusión, y después se dirigía á la capilla de la Virgen de la Soledad á orar un rato. Hízolo así la tarde del 12 de Marzo de 1660; habiendo entrado á la Iglesia por la puerta del Poniente, acompañado del capitán D. Fernando Altamirano comisario de la obra; de su caballerizo mayor y de Luis Gómez de Trasmonte, maestro mayor de la fábrica. El Virrey se puso á orar como de costumbre, cuando repentinamente entró un joven en traje de soldado, y dirigiéndose al duque, espada en mano, dióle un cintarazo exclamando:

—"¡Voto á Cristo que os he de matar!"

Levantóse presto el Virrey cubriéndose con el reclinatorio, y desnudando su espada, preguntó al joven qué significaba aquello y qué quería.

—"Mataros—replicó éste—y que no se diga misa."

Iba entonces á lanzarse sobre el duque, cuando D. Fernando Altamirano que se había acercado, tomó al asesino por el cuello, sujetándole el brazo de la espada. Los demás que asimismo acudieron, desarmaron y aseguraron al joven, llevándole luego á la cárcel un alguacil y un lacayo.

Como era de esperarse, no poco escándalo produjo la noticia que, rápida cual el rayo, voló al instante de boca en boca, circulándose por toda la Ciudad.

En el acto se comenzó el proceso, terminándose por el auditor de guerra

D. Francisco Calderón Romero. La Audiencia, á su vez, dispuso, en tribunal pleno, que no se interrumpiese para nada la causa. El criminal dijo llamarse Manuel de Ledesma y Robles, natural de Aranjuez, España, declarando que cometió aquel acto por su propia voluntad y sin consejo de nadie; que su intención no había sido matar al Virrey, como pudo muy bien haberlo hecho, sino sólo por probar su hidalguía. No mostró para nada arrepentimiento y contó al tribunal una embrollada historia.

Por último, terminado el proceso, recayó sobre el asesino terrible sentencia, por acusársele de los delitos de lesa majestad y de traición, cometidos en la persona del Virrey, en lugar sagrado en presencia del Santísimo Sacramento y de la Virgen de la Soledad. Por tanto, se le condenó, á "ser sacado de la real cárcel de corte, donde estaba, y ser arrastrado á la cola de los caballos, metido en un serón, y llevado por las calles públicas y acostumbradas de esta ciudad, y traído á la Plaza mayor de ella, y en la horca que allí está, sea ahorcado hasta que naturalmente muera, y se le corte la cabeza y se ponga ella en una escarpia donde esté para que todos lo vean, y se le corte la mano derecha, y con la espada que cometió dichos delitos se ponga en lo alto, en la mitad de la plazuela de las casas del marqués del Valle, que hacen frente del cementerio de la santa iglesia catedral, por donde entró á cometer semejantes delitos."

Ledesma no quiso confesarse, y se negó hasta á decir Jesús en el momento de la ejecución.

Todo lo que la Audiencia dispuso, cumplióse al pie de la letra; y los moradores de esta tranquila Capital, miraron espantados columpiarse de la horca, el mutilado cuerpo de aquel verdadero loco.

***

Los Virreyes que en el gobierno de la Nueva España sucedieron al activo y piadoso duque de Alburquerque, empeñáronse también, como se ha dicho en la reseña histórica, en la conclusión de las obras de la Catedral; y, corriendo el tiempo, pudo verse éste casi terminado en su interior; disponiéndose en tiempo de D. Antonio Sebastián de Toledo, marqués de Mancera, la segunda y última dedicación del Templo.

Convínose en que la festividad, eco de la de 1656, se celebrase con igual pompa, en 22 de Diciembre de 1667, aniversario del natalicio de la reina gobernadora Dª María de Austria.

El Virrey, tal como lo hizo el de Alburquerque, indicó á los prelados de las religiones, que pusiesen altar en los sitios que se les reservaban; y comisionó al Lic. D. Francisco Calderón de Romero, oidor decano de la Audien-

cia,[1] para que estuviese al cuidado del cumplimiento de todas las disposiciones que, acerca del particular se dieran, y que fuesen necesarias "para la mayor grandeza del día."

Quince días antes de la fiesta se designaron los lugares que tocaba aderezar á cada comunidad ó corporación, y cada una de éstas trató de rivalizar y de esmerarse en buen gusto y suntuosidad para el adorno. La Congregación de San Pedro exornó la puerta por la cual salió la procesión, "con colgadura de damasco de China azul claro, con cenefas de terciopelo obscuro, bordadas de oro y sedas de colores," y cual más cual menos, las congregaciones todas de San Felipe Neri, San Francisco Javier, San Hipólito, etc., contribuyeron al esplendor de la fiesta con verdadera magnificencia. Á los curas de las parroquias de la ciudad, tocó adornar la portada por donde entró la procesión; mandándose que ésta saliese por la puerta poniente de la Catedral, que siguiera hasta la esquina de San Francisco y de allí á la plaza mayor por Palacio, entrando á la Iglesia por la puerta del oriente.

El 21 de Diciembre se cantaron solemnes vísperas; quemáronse hachas sin cuento, prendiéronse luminarias, y hubo fuegos artificiales. La ciudad, al decir de los que tal solemnidad palparon, parecía un ascua de fuego, engalanando los vecinos los balcones de sus casas, con colgaduras y faroles.

Al siguiente día, que era el fijado para la gran fiesta, salió del Palacio el Virrey acompañado de la Audiencia, de los Tribunales y el Ayuntamiento, en coche, todos; dirigiéndose luego á la Catedral, en donde fue recibido el gobernante por el Cabildo eclesiástico, en la forma acostumbrada; tomando asiento cada uno en el lugar que le estaba reservado.

El templo se veía soberbiamente aderezado; y para ponderar el lujo y magnificencia del altar mayor, nos dice el Dr. Sariñana, testigo presencial, "que era un Etna de riquezas, un Potosí de incendios."

Una vez que el Virrey y demás circunstantes hubieron tomado asiento, se dió principio á la misa que cantó el Deán Dr. D. Juan de Poblete, decano de Teología de la Universidad, con ornamentos de tela blanca, bordados de oro. La Capilla fue asimismo solemne; y después del Evangelio, ocupó la cátedra sagrada el Dr. D. Isidro Sariñana, cuyo sermón corre impreso junto con la historia de este suceso, escrita por el propio sacerdote.

La procesión se dispuso para en la tarde. Salió á las 4, en la forma prescrita y ya citada, yendo por delante las cofradías con sus estandartes, y luces; en seguida las comunidades con sus cruces, ministros y prestes. Después venía la Cruz de Catedral acompañada del subdiácono, y bajo ella el clero de la

1 Sariñana, *Noticia breve de la última y deseada dedicación del Templo Metropolitano de México.*

Ciudad. Luego el Cabildo eclesiástico acompañando á la Virgen de la Asunción, en su imagen de oro, que iba bajo palio de tela blanca, cuyas varas llevaban, alternándose, los regidores del Ayuntamiento. Inmediato á la Virgen, de preste el Deán asistido del diácono, con el resto del Cabildo eclesiástico y clero secular; los oficiales reales, el Tribunal mayor de cuentas, la Audiencia; y en último término el Virrey, como representante de la Persona y Patronato Reales.

En la puerta del templo, entregó el Cabildo la imagen á los dominicos, que la llevaron á su altar; y desde allí, á los suyos, respectivamente, las demás religiones, según su antigüedad; recibiéndola, en el de la Compañía de Jesús, la religión de San Juan de Dios que la llevó hasta las gradas del atrio; y de allí á la puerta oriental, los hipólitos, de quienes la recibió el Cabildo eclesiástico y la volvió al altar del Templo.

Durante la procesión se dijeron loas é hiciéronse danzas, algunas de los naturales.

Colocada la Virgen en el altar, entonóse solemnísima salve, y todo terminó felizmente.

La fiesta de la dedicación no se celebra en Catedral ni en 2 de Febrero ni en 22 de Diciembre, sino el 31 de Agosto. Parece que la Congregación de Ritos deja al arbitrio de los obispos elegir el día en que tal solemnidad debe hacerse. En ese día 31 de Agosto, hay en nuestro Templo Metropolitano, función; cantándose el *Te Deum* en la procesión.

***

El 7 de Octubre de 1696 llegaban pliegos procedentes de la Península, dándose en ellos noticia del fallecimiento de la reina Dª Mariana de Austria mujer de Felipe IV. Tan luego como las autoridades supieron tan infausta nueva, apresuráronse á publicar los lutos y á preparar todo lo necesario para la solemnidad fúnebre, que como era costumbre, debía verificarse en la Santa Iglesia Catedral.

Apercibida para ello la basílica, el 23 de Noviembre por la tarde pronunció la oración fúnebre el Dr. D. Pedro del Castillo, cura de la Santa Veracruz; y al siguiente día 24 aderezada la Catedral con regio catafalco y negras colgaduras, cantó la misa el chantre D. Manuel de Escalante, predicando el Dr.

Vidal, á la sazón maestrescuela.[1] Además todas las religiones cantaron misa, cada una de ellas, en una capilla de la Catedral, según costumbre, y "fue ésta la primera función á la que asistieron los betlemitas; á los cuales cúpoles en suerte la capilla de Guadalupe."[2] Á la fiesta fúnebre concurrió el Arzobispo-Virrey, la Audiencia, los Tribunales todos, el Cabildo secular, y cuanto de notable había en la Capital de Nueva España.

***

El 10 de Febrero del año siguiente (1697), nuestro Templo Metropolitano vistióse de gala para celebrar la fiesta de la confirmación de la religión betlemítica; saliendo éstos desde su convento hasta la Catedral, procesionalmente, acompañados de las demás religiones;[3] acontecimiento éste memorable digno de quedar consignado para grata recordación.

***

Durante el siglo XVIII, además de las juras de los reyes, de la entrada á la Capital de la Colonia de los gobernantes de Nueva España, de la exaltación al solio arquiepiscopal de los Prelados; ó bien de las exequias celebradas en nuestro Templo para tales personajes, poco turbó la acostumbrada calma de la basílica y que notoriamente llame la atención.

Sin embargo, en 1715 con asistencia de la Corte toda, con el ceremonial riguroso en semejantes casos empleado, se celebraron en la Catedral funerales solemnísimos por el alma de la reina Dª María Luisa Gabriela de Saboya,[4] mujer de Felipe V. Elevóse regio túmulo, cantáronse los oficios prescritos, y llenó las espaciosas naves del Templo el pueblo, que asistía silencioso á las imponentes ceremonias que se aplicaban por el alma de su reina y señora, á quien de hecho no había jamás conocido, y la que desde tan remotas tierras gobernaba. En efecto, oir en México hablar del soberano, de su omnipotencia y majestad, parecía cosa de fábula: el nombre sólo del rey, bastaba á hacer inclinar la cabeza, y acatar la voluntad de quien era dueño de estas con-

1 *La Imperial Agvila renovada para la inmortalidad de su nombre.– Fúnebres pompas de la reyna nuestra Señora Dª Mariana de Austria.*—1697, 4º

2 Robles, *Diario de sucesos notables.*

3 Robles, *ubi supra.*

4 *Llanto de Flora, desatado en sepulchrales rosas sobre el Majestuoso Túmulo que la Imperial Corte Mexicana erigió al obsequio, y votó á la memoria de su Florida Reyna Doña María Luisa Gabriela de Saboya.*—México, 1715, 4º

quistadas tierras. Empero, desde esa época al parecer remota, iba inconscientemente disponiéndose la caída inevitable del poder de los monarcas en la Nueva España, ésta á la sazón ya floreciente y en vía de gran prosperidad.

Años más tarde (1759), nuevo monumento funerario alzábase bajo las recientes bóvedas de la Metropolitana; y gobernantes y gobernados volvían á vestir el negro riguroso para presenciar asimismo exequias solemnísimas en honor y gloria de la reina Dª Bárbara de Braganza,[1] virtuosa dama llorada con justicia por propios y extraños. El funeral se celebró con el propio ceremonial acostumbrado; pronunciando la oración latina D. Cayetano Antonio de Torres, y el panegírico el ilustre Dr. D. Juan José de Eguiara y Eguren autor de la *Biblioteca Mexicana.*

No bien hallábase extinto del todo el recuerdo producido por tales honras fúnebres, cuando los días 17 y 18 de Julio de 1761, nuevo túmulo se disponía en la Catedral. La reina Dª Amalia de Sajonia había muerto, y el gobernante de México ordenaba la publicación de los lutos, y disponer todo lo preciso para la ceremonia religiosa en la basílica metropolitana; prolijamente descrito todo en opúsculos especiales[2] que conservamos ahora como inestimables joyas bibliográficas, y como excelente material histórico.

En 28 de Febrero de 1767, dispusiéronse las honras fúnebres por el alma de la reina Dª Isabel que acababa de morir,[3] y tan solemnes como las anteriores celebráronse en la Catedral. Dijo en la víspera la oración latina, el Dr. y Maestro D. Antonio López Portillo; pronunciando en la misa el panegírico el Dr. D. Juan Ignacio de la Rocha. El ceremonial, era el mismo para todas las exequias de las reinas.

***

"El 30 de Julio—diee la *Gaceta* de 11 de Agosto de 1789—se celebró con toda solemnidad en la Santa Iglesia Catedral la creación de Cardenal de la Santa Romana Iglesia hecha en el Eminentísimo Sr. Dr. D. Francisco An-

1 *Tristes Ayes del águila mexicana, Reales exequias de la serenísima Señora Dª María Magdalena Bárbara de Portugal, Catholica reyna de España, y augusta emperatriz de las Indias, Celebradas en el Templo Metropolitano de la Imperial Ciudad de México, los días 18 y 19 de Mayo del año de 1759.*—México, 1760, 4º

2 *Llanto de la fama. Reales exequias de la Serenísima Señora Dª María Amalia de Saxonia, Reyna de las Españas, Celebradas en la Santa Iglesia Cathedral de la Imperial Corte Mexicana.*—México (Sin fecha).—En la imp. de Zúñiga y Ontiveros, 4º

3 *Reales exequias de la Serenísima Señora Dª Isabel Farnesio Princesa de Parma, y reyna de las Españas: Celebradas en la Santa Iglesia Cathedral en la Imperial Corte Mexicana.*—México, 1767, 4º

tonio Lorenzana, Arzobispo de Toledo, que lo fue antes de esta Santa Iglesia Metropolitana (1766-1771), habiendo precedido el día anterior un repique solemnísimo, sin esquilas, al que acompañaron en todas las Iglesias. Dicho día 30 hubo Misa, Procesión, y se cantó el *Te Deum* con toda solemnidad, á todo lo que asistió el Exmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo Dr. D. Alonso Núñez de Haro y las sagradas religiones con sus Prelados, que se convidaron por el muy Ilustre Venerable Cabildo. Hubo una iluminación muy completa como en los días de la Asunción y San Pedro, y se adornó el Altar con las más ricas y preciosas alhajas."

Fue el Ilmo. Sr. Dr. Lorenzana, uno de los más esclarecidos pastores que ocuparon la sede arquiepiscopal de México.

Nació en León (España) en 1722,[1] hizo sus estudios en la famosa Universidad de Salamanca; y desempeñó durante su carrera brillantes puestos: fue canónigo doctoral de la Iglesia de Sigüenza, canónigo y vicario general de la Primada de España (Toledo) y, finalmente, consejero del Rey. En 1765 se le consagró Obispo de Plascencia; y en 14 de Abril del siguiente año promoviósele al Arzobispado de México, del cual tomó posesión en 22 de Agosto. El 8 de Septiembre, y con el ceremonial y solemnidad acostumbrados, se le impuso el palio, recibiéndole de manos del Sr. Obispo de Puebla D. Francisco Fabián y Fuero.

Desde que el Sr. Lorenzana se hizo cargo de la Mitra Mexicana, comenzó á desplegar una actividad admirable en todos los asuntos de su resorte; y con apostólico celo, derramó en abundancia el bien por todas partes. Entre otros muchos beneficios, México le debe la fundación de la *Casa de niños expósitos*, conocida vulgarmente por el nombre de la *Cuna*, y en donde no quedan sin abrigo y sin amparo los seres desgraciados á quienes tocó en suerte venir al mundo sin el sello de la legitimidad.

Otro de los más importantes y trascendentales actos del Sr. Lorenzana, es la convocatoria para la celebración del Cuarto Concilio Mexicano. Tierno protector de los indios, procuró por ellos en tal Concilio su bienestar, ilustración y cuanto á su bien tendía. Entre otras muchas obras, dió á la estampa la *Historia de Nueva España*, escrita por el conquistador Cortés, y la enriqueció con notas y varios documentos (1770).

En 27 de Enero de 1771, recibió la noticia de haber sido promovido á la jerarquía elevadísima de Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas. Sentido de todos los mexicanos, y dejando tras sí una huella imborrable de gratitud, el Sr. Lorenzana marchó á la Península en acatamiento de lo que se le prevenía. Corriendo los años, el soberano Pontífice Pío VI, le creó Cardenal (30 Marzo 1789), y ya sabemos cómo en México se celebró tan fausta nueva.

1 Sosa. *El Episcopado Mexicano.*

La aflictiva situación del Pontificado, hizo que Carlos IV enviara al Sr. Lorenzana á Roma para "proporcionar al papa algunos consuelos." Teniendo Pío VI que salir de la Ciudad Eterna, el benemérito prelado le acompañó á Florencia, y luego á Parma, á causa de su destierro.

El ardiente deseo de permanecer en Italia, obligó al Sr. Lorenzana á renunciar el Arzobispado de Toledo (1800), y se estableció en Roma donde le sorprendió la muerte en 17 de Abril de 1804; enterrándosele en la Iglesia de la Santa Cruz de Jerusalén.

Así acabó sus días el vigésimocuarto de los Arzobispos Mexicanos: tal fue su vida ilustre; y México no olvidará jamás que al Sr. Lorenzana es obligado deudor de perdurable gratitud.

*
* *

En el mes de Diciembre de cada año, y como era costumbre, se celebraban las honras fúnebres por los militares difuntos; asistiendo el Virrey, como Capitán general del Ejército. Había misa, y además elogio fúnebre. Durante el siglo XVIII, con toda regularidad verificáronse anualmente las exequias.

*
* *

En nuestro siglo, el Templo Metropolitano es fecundo en funciones solemnísimas. Comienza por los regios funerales del Arzobispo-Virrey Dr. D. Alonso Núñez de Haro y Peralta; presencia años más tarde la excepcional ceremonia de la coronación de un monarca verificada bajo las altas bóvedas de nuestra insigne basílica; celebra después ya no honras en loor de los Virreyes de la Nueva España, sino de los gobernantes del México Independiente; recibe en su seno á un príncipe que cruzó el Océano para echar los cimientos de un trono deleznable, y termina en los tiempos actuales, solemnizando también bajo sus naves, la consagración del Ilustrísimo Metropolitano que con tanto acierto dirige á la sazón la nave de la Iglesia Mexicana.

La grandísima abundancia del material, me obliga á sólo mencionar las funciones más extraordinarias, á fin de que las dimensiones de la presente nota no tomen mayor incremento y salgan sumamente exageradas.